

El culto impetratorio en Lucrecio

El sacrificio que se ofrenda a las divinidades en señal de culto y de adoración, ha sido duramente condenado por Lucrecio en su poema *De Rerum Natura*. Su contundencia resulta tanto más rotunda, cuanto mejor ha sabido usar de los resortes de la emoción poética, con el fin de hacer palpar al lector la crueldad de unas prácticas que se dicen piadosas. Los dos pasajes más resonantes al efecto (2, 80-101 y 2, 352-365) están tan llenos de tensión dramática, poblados de imágenes tan patéticas y desgarradoras que crean una visión difícil de olvidar: quien las lee siente una profunda simpatía por las víctimas y, en el fondo de su alma, repudia una acción cuya santidad queda empañada al exigir la muerte de los seres inocentes.

El primero de los pasajes citados narra la triste suerte de Ifigenia. Su inmolación sirve a Lucrecio para salir al paso de una acusación contra el epicureísmo tan calumniosa como infundada, su impiedad:

*ne forte rearis
impia te rationis inire elementa viamque
indugredi sceleris*¹

El poeta vuelve contra la propia religión el reproche merced a un hábil empleo del quiasmo:

*quod contra saepius illa
religio peperit scelerosa atque impia facta*²

Lucrecio subraya con la intensidad de *saepius* la aberración que entraña tan general y extendida práctica del sacrificio. Luego,

1 1, 80-82.

2 1, 82-83.

se fija detenidamente en la escena que describe casi cinematográficamente, alcanzando un «climax» estremecedor.

La joven que sufre, es víctima de quienes deseando reverenciar a los dioses, en realidad los ultrajan:

*Aulide quo pacto Triviai virginis aram
Iphianassai turparunt sanguine foede
ductores Danaum delecti, prima virorum*³.

Estos versos tan cargados de términos de violencia anuncian la indefensión de la muchacha que, adornada de una cinta, clava su mirada en tierra, sumida en la derrota y en el miedo:

*et maestum simul ante aras adstare parentem
sensit et hunc propter ferrum celare ministros
aspectuque suo lacrimas effundere civis,
muta metu terram genibus summissa petebat*⁴.

Aquí la aliteración en M, la tensión entre el perfecto y el imperfecto nos hablan de la impotencia de Ifigenia, arrastrada a la muerte en medio de la conmiseración ineficaz de los suyos. Nada en aquel instante le sirve de consuelo, pues todo se trueca en amargura, ya que su verdugo será aquél a quien ella había llamado «padre»⁵. Muchacha casadera es llevada al altar pero no para cumplir el rito de Himeneo sino:

*sed casta inceste nubendi tempore in ipso
hostia concideret mactatu maesta parentis*⁶

ahora, de nuevo, la aliteración en M, la ironía entre casamiento y muerte que culmina como *maesta* que evoca el *maestum... parentem* de más arriba, dando el poeta así a cada uno de los personajes la medida de su exacta verdad.

¿Y tanto dolor y tantas lágrimas, para qué? Para solicitar de los dioses una derrota próspera:

*exitus ut classi felix faustusque daretur*⁷.

La espantosa e infausta aliteración en F que recoge el *foede* del verso 85, da al pasaje el tono sombrío y sobrecogedor que hace justicia a la monstruosa situación que se cuenta.

3 1, 84-86.

4 1, 89-93.

5 1, 93-94.

6 1, 98-99.

7 1, 100.

La conclusión no se deja esperar: la religión incita a la mayor crueldad y es ella, por tanto, la que debe cargar con la acusación de impiedad:

*tantum religio potuit suadere malorum*⁸,

pues a cambio de una victoria de la ambición humana induce a sacrificar a una desventurada joven.

El animal es el protagonista del segundo pasaje del poema en el que se ataca la ofrenda de víctimas a los dioses. En primer lugar se deja constancia del hecho que es innegable:

*nam saepe ante deum vitulus delubra decora
turicremas propter mactatus concidit aras
sanguinis exspirans calidum de pectore flumen*⁹

La constancia de la práctica: *saepe*; su realidad ritual: *mactatus*; la aliteración en D que acorralla al ternero¹⁰, quedando dibujada de esta suerte su indefensión, llevan hasta el colofón que supone el verso que nos habla de la sangre vertida. Frente a tanta crueldad una leve transición, *at*, nos pone ante la angustia de la vaca que busca las huellas de su cría inútilmente:

*at mater viridis saltus orbata peragrans
+non quit+ humi pedibus vestigia pressa bisulcis*¹¹,

ningún otro adjetivo puede decirse de una madre más desgarradoramente que *orbata* y su agonía queda expresada en la aliteración en V que une irónicamente la vida que brota de los prados y los sotos (*viridis*) con el ternero perdido (*vestigia*) cuyo rastro afanosamente se busca tal y como subraya la aliteración en P. El pobre animal

*omnia convisens oculis loca si queat usquam
conspicere amissum fetum, complet querelis
frondiferum nemus adsistens et crebra revisit
ad stabulum desiderio perfixa iuveni*¹²,

y, aquí, la tensión se hace patente entre *convisens* y *revisit*, describiendo de esta suerte Lucrecio la desventura de la vaca a la que

8 1, 101.

9 2, 352-354.

10 También Ifigenia quedaba como abrumada y arrinconada ante la crueldad en el pasaje antes citado.

11 2, 355-356.

12 2, 357-360.

nada puede consolar de su irreparable pérdida. En nada alivian ni el agua ni la comida ni los otros terneros¹³, sólo queda la perfidia de los hombres que no reparan en el duelo que sus acciones, incluso las de la piedad, acarrearán. El tono casi franciscano con que Lucrecio se manifiesta, no deja lugar a la duda: se trata de un ataque frontal al sacrificio, aprovechando una ocasión propicia de su exposición, si bien la cual, en principio, nada tenía que ver con la acción que ahora se condena.

Es el momento de preguntarnos si hay contradicción entre esta crítica de un acto ritual y la piedad de la que el epicúreo protesta. El mismo fundador había dicho que el sabio «dará señales de adoración a los dioses»¹⁴. Pero es el propio Lucrecio quien nos da la clave para entender esta desaprobación del culto cruento y comprender el verdadero sentido que ha de tener una piedad auténtica.

En el canto 5, 1194 y ss. el poeta describe el error que ha traído sobre los humanos la infelicidad y apunta a la falsa piedad:

*nec pietas ullast velatum saepe videri
vertier ad lapidem atque omnis accedere ad aras
nec procumbere humi prostratum et pandere palmas
ante deum delubra nec aras sanguine multo
spargere quadrupedum nec votis nectere vota,*

en consecuencia ha de descartarse como acto de adecuado homenaje a las divinidades el sacrificio cruento junto con otras prácticas que andarían más cerca de la superstición que de la veneración debida a los dioses. La verdadera piedad no es otra cosa que:

sed mage pacata posse omnia mente tueri

o sea la contemplación sosegada de un espíritu en paz que sabe que los dioses moran en los *intermundia*, habitando *sedes quietas* y que nada precisan de los hombres¹⁵: no hay que temerlos, viven felices y se accede a ellos gracias al conocimiento verdadero otorgado por Epicuro que nos propicia llevar una existencia digna de la divinidad¹⁶. Todo lo que no sea esto, es dar pábulo a las viejas creencias¹⁷ de dioses bandoleros que capitaneaban pueblos contra

13 2, 361-365.

14 Citado por A. J. Festugière, *Epicuro y sus dioses*, trad. española de L. Segal, Buenos Aires 1960, 36.

15 Cf. el prólogo del canto tercero de *De Rerum Natura* y también 2, 650.

16 *Ut nil impediatur dignam dis degere vitam*, *De Rerum Natura* 3, 322.

17 5, 82 y ss. y 6, 58 y ss.

pueblos, que se manchan con las torpezas de las criaturas y se hacen cómplices de sus avaricias y de sus bajezas. El culto que busca obtener el favor de los dioses es mendaz y lejos de alabarlos los ultraja. El culto impetratorio, el sacrificio que supone el derramamiento de sangre no son sino blasfemia.

A todo esto, creemos, apunta Lucrecio con su intransigente postura. En efecto, cuando se piensan cosas impropias de los dioses y se les adjudican acciones, expectativas o intereses del todo ajenos y contrarios a su augusto ser, se está impidiendo la única y verdadera relación con ellos: la contemplación:

*quas nisi respuis ex animo longeque remittis
dis indigna putare alienaque pacis eorum,
delibata deum per te tibi numina sancta
saepe oberunt; non quia violari summa deum vis
possit, ut ex ira poenas petere imbibat acris,
sed quia tute tibi placida cum pace quietos
constitues magnos irarum volvere fluctus,
nec delubra deum placido cum pectore adibis,
nec de corpore quae sancto simulacra feruntur
in mentis hominum divinae nuntia formae
suscipere haec animi tranquilla pace valebis.
Inde videre licet qualis iam vita sequatur*¹⁸.

Quizás nada tan elevado acerca de la Divinidad ha sido dicho por un pagano. Lucrecio que ha conocido la excelsa doctrina de Epicuro, que sabe lo que puede ser y lo que no puede ser, tiene de los dioses el más alto concepto y pone todo su empeño en adorarlos lleno de unción y de respeto, desagradándole el afán de los humanos por tener sometidas a nuestros caprichos y necesidades a las divinidades mediante el culto impetratorio¹⁹. Ellos son en su *ataraxia* y esto debería bastarnos. Nada mejor que esta persuasión le ha sido concedido al linaje humano, pese a su condición²⁰: la certeza de alcanzar la paz y el sosiego y participar, de esta suerte, en la

18 6, 68 y ss.

19 Tampoco se muestra Lucrecio muy a favor del culto a los muertos consistente en ofrendas según creencias muy antiguas, cf. 3, 50 y ss.

20 Metrodoro afirma: *recordad que, siendo mortales por naturaleza y teniendo en suerte un tiempo finito, habéis alcanzado con razonamientos sobre la naturaleza lo infinito y lo eterno y contemplado «aquellos que es, que será y que fue»*. Para la paradoja del hombre son muy ilustrativas estas palabras de W. Kasper. *En esto consiste la grandeza y la miseria del hombre. Su grandeza consiste en que conoce su miseria, pero su miseria consiste en que sufre en su grandeza*, en *Introducción a la Fe*, Salamanca 1982, 30.

mencionada *ataraxia* divina por fugaz que sea nuestra existencia sin mañana.

Lucrecio, pues, en su ataque contra el culto impetratorio no se hace reo de impiedad, sino, antes al contrario, nos da una visión exacta de lo que debería ser la sincera veneración de las divinidades. Como buen epicúreo no quiere considerarlos seres inmisericordes, insaciables de sangre, gozosos en el sufrimiento ajeno. El culto impetratorio que sólo busca la satisfacción propia a costa de tanto dolor, debe ser rechazado como algo descabellado que atropella la naturaleza sagrada. Pocas cosas tan piadosas como éstas. A la postre, el Epicureísmo y Lucrecio hablan desde su horizonte. Desconocen la Religión de la Gracia y nada saben de un Dios próximo y misericordioso, Abba, que a diferencia de las divinidades gentiles y de los lejanos dioses adorados en su distancia por Epicuro, se acerca a la menesterosidad de sus muy amadas criaturas de las que recoge su dolor y su aflicción, de las que recibe su felicidad y su sonrisa. Por la Revelación de Dios en Jesús sabemos que todo es pura gratuidad. El Dios cercano nos invita a la confianza más absoluta porque tenemos la seguridad de que no quedaremos abandonados a nuestro infortunio. El conoce nuestra necesidad y nuestro desaliento, nuestra alegría y nuestro gozo. Por esto, precisamente, siempre podemos dirigirnos al Padre con la certeza de que su Amor nos es concedido de antemano porque El nos ha elegido en el corazón mismo de nuestra finitud²¹. Si el Epicureísmo, y dentro de él Lucrecio, no pudo, obviamente, vislumbrar todo esto, al menos sí tuvo el coraje de apartar y conjurar creencias que no por cotidianas en aquel entonces, dejaban de ser falsas y de defender, aunque al precio de su lejanía, el sagrado ser de la Divinidad²².

ENRIQUE OTÓN SOBRINO
U. Complutense

21 «Ser guardado por Dios significa estar en su amor, ya sea estando vivo o muerto, siendo herido o salvándose de las balas», cita contenida en J. Loth Liebman, *Paz del Espíritu*, B. Aires, 134.

22 Para el sacrificio en general cf. en primera instancia, G. van der Leeuw, *Fenomenología de la Religión*, México-Buenos Aires 1974. Para la interiorización del sacrificio v. V. Massuh, *El rito y lo sagrado*, Buenos Aires 1965, 64 y ss.